

Practicar la misericordia en la sociedad postcristiana

MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZVARGAS

Propagandista del centro de Córdoba.

Introducción

Los organizadores de este Congreso han querido recordarnos que “ser cristiano” implica una actitud que debe notarse en nuestros “hechos y propuestas”. Teniendo en cuenta que aún estamos en el Año de la Misericordia, entiendo que nos animan a recordar las obras de misericordia. No solo damos gracias a Dios por ser misericordioso con nosotros, sino que asumimos que Dios nos llama a actuar de forma misericordiosa con nuestro prójimo. En definitiva, que nos preguntemos con Santiago:

“¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos del alimento diario y uno de vosotros les dice: ‘Id en paz, abrigaos y saciaos’, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro” (Sant. 2, 14-17).

Lo que nos lleva a la misma conclusión que a Santiago, en el versículo 24: “Ya veis cómo el hombre es justificado por las obras y no solo por la fe”.

Yo soy cristiano

El apóstol Santiago escribe en función del mensaje que ha escuchado de labios del mismo Cristo. Así, por ejemplo, Jesús nos indica qué tenemos que hacer para formar parte de su “familia” en el evangelio de Mateo:

“Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: ‘Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre’” (Mt 12, 49-50).

Es importante destacar cómo en ocasiones Jesús está más interesado en nuestras obras que en que seamos seguidores suyos. En una ocasión

“Juan le dijo: ‘Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no viene con nosotros’. Jesús respondió: ‘No se lo impedáis, porque quien hace un milagro en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros está a favor nuestro’” (Mc 9, 38-40).

Los evangelios contienen muchas más citas insistiendo en la importancia de obrar según la voluntad de Dios como forma de construir el Reino de Dios en este mundo. Pero hay una cita que me impacta especialmente por la repercusión que tiene sobre nuestra posibilidad de entrar en el prometido Reino de los Cielos. Me refiero a cuando indica cómo será el Juicio Final:

“Entonces dirá el rey a los de su derecha: ‘venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo [...]’” (Mt 25, 34).

Sólo unos versículos después, Jesús nos deja claro quiénes serán estos a los que invita al Reino prometido y entre los que queremos encontrarnos:

“Entonces los justos le contestarán: ‘Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?’. Y el rey les dirá: ‘En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis’” (Mt 25, 37-40).

Hechos...

Si estos justos preguntan por cuándo se acercaron a Dios, es porque no eran conscientes de que lo estaban haciendo, seguramente porque “no frecuentaban mucho el templo”. Posiblemente no se acercan a la Iglesia porque

piensan que no la necesitan, o peor aún, que no aporta ninguna utilidad a la sociedad. Son muchos los que piensan que el culto, el arte sacro, el templo, el rito, no hacen mejores personas. El mismo Jesucristo critica a aquellos ju-díos que cumplen los preceptos de forma mecánica, con total ausencia de amor en sus actos. Es a lo que se refiere el Papa Francisco cuando critica el “clericalismo”¹ de la Iglesia actual.

Muchas personas no quieren colaborar con la Iglesia a pesar de sus organizaciones benéficas (Cáritas, Manos Unidas, Ayuda a la Iglesia Necesitada...) porque la Iglesia destina parte de sus recursos a fines que no compar-ten, como formación del clero o mantenimiento de templos.

Bien por desconocer el Cristianismo, bien porque tengan una per-cepción demasiado “clerical” de la Iglesia, lo cierto es que muchas personas no se acercan a la Iglesia ni a sus instituciones cuando quieren colaborar en la construcción de un mundo mejor. Pero, al igual que los diez mandamien-tos, las obras de misericordia están grabadas en el corazón de cada persona. De forma que, aunque no conozcan a Cristo, toda la humanidad sí tenga esa tendencia natural a amar y ser misericordioso con los demás.

Cada vez existen más organizaciones no gubernamentales para el de-sarrollo (ONG's) que coordinan recursos y esfuerzos de miles de voluntarios para visitar enfermos y ancianos, atender heridos de guerra y refugiados, fa-cilitar la reinserción de presos o de ex drogadictos, para repartir alimentos y ropa a familias sin recursos, para mejorar la educación de extranjeros y ni-ños en riesgo de exclusión social. En definitiva, organizaciones ausentes de motivación religiosa cuya razón de ser es practicar las obras de misericordia (aunque ellos prefieran hablar de solidaridad).

Mi experiencia personal en el último par de años como responsable de Cruz Roja Española en mi localidad me ha llevado a conocer a muchos voluntarios que dedican su tiempo libre a estar más cerca de las personas necesitadas con reparto de alimentos y ropa, servicio de ducha y lavandería para inmigrantes y transeúntes, acompañamiento a personas mayores o apoyo escolar a niños de familias en riesgo de exclusión social. Personas que están haciendo de éste un mundo mejor o, como diríamos los cristianos, construyendo el Reino de Dios en este mundo.

¹ Papa Francisco, carta al Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina (26 de abril de 2016): “Esta actitud [el clericalismo] no sólo anula la personalidad de los cristianos, sino que tie-ne una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente. El clericalismo lleva a la funcionalización del laicado; tratándolo como ‘mandaderos’, coarta las distintas iniciativas, esfuerzos y hasta me animo a decir, osadías nece-sarias para poder llevar la Buena Nueva del Evangelio a todos los ámbitos del quehacer social y especialmente político”.

...Y propuestas

Recordando lo que Cristo dice de ellos, “quien hace un milagro en mi nombre no puede luego hablar mal de mí”, debemos alegrarnos de la existencia de estas organizaciones y ser conscientes del bien que hacen: estas organizaciones fomentan una sociedad más humana. Los cristianos tenemos la obligación de promover un mundo más humano, más justo, más misericordioso. Seguramente los que nos identificamos plenamente con el mensaje de Cristo estaremos mucho más cómodos en la Iglesia, con las catequesis, Manos Unidas, Cáritas, etcétera. Pero seamos conscientes de que una gran parte de la sociedad no participa al cien por cien de esta utopía. Muchos no son contrarios, pero tampoco tienen una tendencia natural a acercarse a la Iglesia. Por eso es bueno que les animemos a participar activamente en alguna organización benéfica. Así, sin interesarse por Dios estarán construyendo un mundo más humano y, a mayor humanidad, más posibilidades de sentirse amado por otros, y al sentirse amados otros, más posibilidad de sentir el Amor de Dios y aceptar el mensaje cristiano.

Además, la actitud “misericordiosa” de los no-practicantes debe interpelarnos a nosotros los creyentes. Nosotros, que contamos cada día con la fuerza de la fe, deberíamos ser capaces de mucho más. Su ejemplo debe animarnos cada vez más a “amar al prójimo como a nosotros mismos”, a ser más puros en nuestras intenciones, más humildes y tener menos “clericalismo”.

Nunca perdamos de vista lo que Cristo nos dijo: “No todo el que me dice: ‘Señor, Señor’ entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en los Cielos” (Mt 7, 21).